

de Napoleon, rodear, fortalecer al gobierno provisional encargado de concluir la paz, llamar á los Borbones é imponerles al mismo tiempo una constitucion bien entendida; que, apoyando la realizacion de esta obra excelente, desempeñaria en el ejército el papel de Mr. de Talleyrand en la politica; que arbitro seria de elegir su situacion bajo los Borbones; que á consecuencia del servicio prestado se le deberia todo; y que reuniria la doble ventaja de salvar á su pais y de ser por ello magnificamente galardonado.

Sin duda habia mucha verdad en lo que se le decia al infeliz Marmont, y por parte de quien se lo decia una sinceridad completa. Realmente para simples ciudadanos, exentos de todo compromiso personal, ignorantes de la situacion militar, no conocedores de las eventualidades que aun habia de batir á la coalicion, de arrancar á Francia vencida de sus manos, lo mejor era unirse á los Borbones y aspirar á obtener con ellos una paz menos dura y un gobierno menos despótico. Pero estas consideraciones debian ser extrañas á un oficial colmado por Napoleon de bondades, especialmente á un soldado que tenia esta consigna, la de guardar el Essona con veinte mil hombres; consigna capital, que interesaba, no solamente á Napoleon, sino tambien á Francia, pues mientras quedara una fuerza algo importante en cualquiera parte, no era solamente la suerte de Napoleon, sino tambien la de Francia la que se podia mejorar negociando; consigna sagrada, en fin, como la de todo soldado hasta que se le releva.

Ciertamente á un militar no le despoja su calidad de soldado de la de ciudadano, y por verter

su sangre por la patria no pierde el derecho de interesarse en sus destinos y aun de contribuir á ellos. Asi Marmont podia correr á Fontainebleau cerca de Napoleon, forzar la entrada de su palacio, despues de la entrada de su palacio la entrada de su corazon, hablarle en nombre de Francia, suplicarle que no desgarrara mas su seno, y se le cediera á los Borbones mas capaces que él de reconciliarla con Europa y de hacerla libre; le podia decir todas estas cosas, si se contaba entre el número de los que las creian verdaderas, y despues, si no era oído, debía entregar á Napoleon su espada, con su espada el puesto que tenia á cargo, y presentarse de seguida al gobierno provisional, llevando á este gobierno al unirse públicamente á su causa una cosa de valor sumo, una cosa de que Marmont podia disponer sin ingratitud y sin traicion, su ejemplo. A la verdad el agradecimiento encadena al interés personal, mas al deber de ningun modo. Sin dar este previo paso era una traicion manifiesta la de entregar secretamente al enemigo la posicion del Essona.

Y sin embargo, Marmont, no tenia el alma de traidor ni por asomo! Pero se resentia de vano, ambicioso, débil, y estos defectos bastan por dicha en circunstancias graves para conducir á veces á actos, sobre los cuales fulminan su reprobacion las generaciones futuras. Marmont prestó oídos á cuanto se le dijo acerca de sus talentos políticos á la par que militares; de la importancia personal que podia adquirir, de los servicios que podia prestar, y cediendo al incentivo engañoso de una inmensa posicion en el Estado, igual tal vez á la de Mr. de Talleyrand, asintió á entrar en par-

lamentos con el príncipe de Schwarzenberg, quien por este motivo trasladóse á Petit-Bourg. Después de numerosas idas y venidas convinieron á las llamadas en estas condiciones. Marmont, con su cuerpo de ejército, debía abandonar el Essona al día siguiente, y ganar el camino de Normandía donde se pondría á disposición del gobierno provisional; y como no se disimulaba las consecuencias de un acto semejante, pues no solo quitaba á Napoleon casi la tercera parte de su ejército, sino la importantísima posición del Essona, estipuló que, si de resultas de tal suceso caía Napoleon en poder de los soberanos aliados se respetaría su vida, su libertad, su grandeza pasada, y se le proporcionaría un retiro seguro á la vez y decoroso. Esta precaución sola, dictada por un arrepentimiento laudable, condenaba el acto de Marmont, revelando que á sus propios ojos era de trascendencia suma.

Consignados por escrito fueron entregadas al príncipe de Schwarzenberg estas condiciones. Pero no bastaba quedar seducido, pues había que seducir á otros, había que ganar á los generales de división puestos bajo las órdenes de Marmont, dando que sin su concurrencia era difícil hacer que ejecutaran las tropas el movimiento convenido. Por lo demás, no era árduo en demasía atraerlos. No sabían nada ó casi nada de la situación general; no sabían si era ó no posible arrancar á Francia de manos de la coalición por medio de una postrera batalla; solo se decían lo que todo el mundo se decía entonces, que después de haber hecho matar Napoleon al mayor número de ellos, se hallaba pronto á hacer aun matar á los que sobrevivían por obedecer á su pertinacia. Aprovechando-

se Marmont de esta disposición de sus ánimos les dijo que, después de cometer falta sobre falta, después de dejar entrar en Paris á los aliados, Napoleon se quería aventurar á la insigne locura de atacarlos dentro de Paris mismo, con cincuenta mil hombres en contra de doscientos mil, y de exponer así á los pocos soldados que le quedaban á que murieran todos, dándoles por sepultura las ruinas de Paris y de Francia. Seguramente se podían representar así las cosas, como que por mas de un lado mostraban esta horrorosa perspectiva. ¿Qué respondieron los generales á quienes hizo Marmont tal pintura? Todos respondieron que no convenia seguir á Napoleon en esta última y extravagante aventura, y que por sí mismos debían poner término á las vicisitudes de Francia. De consiguiente, prometieron seguir á Marmont á Versailles tan luego como se lo mandase. Para ellos, lo que vino á ser una defección de hecho, no era mas que una separación legítima y urgente de la compañía de un insensato.

Tales eran los vinculos con que hallaron ligado á Marmont los mariscales al llegar á Essona. De pronto vaciló en explicarse, y no opuso mas que pretextos fútiles á las instancias que le hicieron para que les acompañara á Paris. Sin embargo, como no tenia cortada el alma para engendrar la traición, ni tampoco para soportar su peso, acabó por confesarlo todo á Macdonald y á Caulaincourt, paliando su conducta lo mejor posible; y fundándola sobre todas las razones que podia alegar, y que á la verdad se parecían sobremanera á las que para exigir la abdicación de Napoleon habían emitido los mariscales. Después de censurar Macdo-

nald vivamente el acto de Marmont, se esforzó en demostrarle que el mejor medio de reparar su falta era dirigirse al príncipe de Schwarzenberg para que le relevara del empeño, fundándose en la abdicación condicional de Napoleón, sacrificio que á todos les obligaba á defender enérgicamente los derechos de su hijo, y acompañarles de seguida á París con el objeto de abogar en presencia de los soberanos por la causa del rey de Roma. Sin objetar nada Marmont á estos argumentos, mostró al parecer repugnancia á ponerse en contradicción tal consigo propio, y quedó sumido en las mas vivas perplejidades. Un momento manifestóse determinado á correr á Fontainebleau para solicitar la indulgencia de Napoleón confesando su falta, más ya fuese por miedo ó por turbación, no persistió en este buen impulso, y se atuvo al consejo de Macdonald de recurrir al príncipe de Schwarzenberg para que le eximiera de su compromiso, y de encaminarse de seguida á París á fin de sustentar con ellos la causa del rey de Roma, cuidando de suspender todo movimiento de su cuerpo de ejército hasta la vuelta.

Con efecto, hizo que se le presentaran sus generales, les habló de este nuevo estado de cosas, les anunció la abdicación condicional de Napoleón, la negociación que se iba á entablar sobre esta base, y convino con ellos en abstenerse de todo movimiento hasta nuevas órdenes de su parte. Acto continuo unióse á Mr. de Caulaincourt y á los mariscales, y les siguió á Petit-Bourg así que llegó el salvoconducto para cruzar por entre los puestos avanzados. Sin embargo, no quiso entrar allí á la par de ellos, bajo pretexto de que se tenía que ex-

plicar con el príncipe de Schwarzenberg mano á mano, antes de tomar parte en las conferencias comunes. Introducidos Mr. de Caulaincourt y los mariscales en el castillo, tuvieron vivos altercados, primero con el príncipe de Schwarzenberg, que sostenia imperturbablemente la fria política del gabinete austriaco, y luego con el príncipe real de Wurtemberg, que hablaba en términos muy amargos de Napoleon y de Francia. El mariscal Ney, que bajo sus órdenes tuvo á este príncipe en otros dias sin guardarle contemplaciones, le respondió con altivez, que si habia alguna casa en Europa que hubiese perdido el derecho de acusar por su ambicion á Francia, era la de Wurtemberg sin disputa. En tan importunas platicas se hallaban empeñados, cuando se recibió la licencia para ir á París solicitada por los representantes de Napoleon. Estos partieron, y al salir hallaron á Marmont que les esperaba, despues de obtener, segun les dijo, de la lealtad del príncipe de Schwarzenberg, la exencion de su empeño. A pesar de esta asercion, todo induce á creer que el príncipe le relevó de su palabra no mas que temporalmente, solo durante una negociacion de éxito imposible á sus ojos, y á condicion de exigir la ejecucion del empeño contraido, si esta negociacion quedaba rota. Lo comprueba la publicidad que inmediatamente dieron los aliados al ajuste firmado con el mariscal Marmont.

Mr. de Caulaincourt y los mariscales llegaron al palacio de la calle de San Florentino el 5 de abril entre una y dos de la madrugada. Cuando se supo que iban á ofrecer la abdicacion de Napoleon á favor del rey de Roma y de María Luisa, y á apoyar esta

negociacion con toda la autoridad del ejército; hubo gran emocion en torno del gobierno provisional, cuya puerta se agolpaban de dia y de noche y en un muchedumbre los pretendientes y los curiosos. Se tembló ante la idea de ver á Napoleon ejercer el poder á la sombra de su muger y de su hijo, y vendárgase de los que le habian abandonado. Desde la noche del 2 de abril en que la destitucion fué pronunciada, habia crecido sobremanera el número de los realistas, unos envalentonándose poco á poco hasta profesar una fé antigua en ellos; otros sintiendo nacer el realismo en su corazón á la hora del triunfo. De consiguiente, se habia multiplicado por extremo el número de las personas comprometidas y predispuestas á alarmarse, y á tal punto llegó la alarma que Mr. de Talleyrand, el mas comprometido de todos, se preguntó á sí mismo si no convendria detenerse en la via donde ya habia dado tantos pasos, con ánimo de no retroceder ninguno. Asi fué que, asediado por Mr. de Vitrolles, persistente segun se ha visto en la adhesion inmediata del conde de Artois en Paris y sin condiciones, se aplicaba á contrariar estas exigencias, y aun iba á entregar una carta para el príncipe á Mr. de Vitrolles, cuando se anunció la llegada de los mariscales; y pasmado de su aparicion imprevista, retuvo la carta, y comprometió á Mr. de Vitrolles á no moverse hasta que se disiparan estas últimas dudas; á lo cual asintió éste, deseoso de no anunciar al príncipe cuando fuera otra vez á su lado mas que resoluciones terminantes y definitivas.

Con los miembros del gobierno provisional tuvieron Mr. de Caulaincourt y los mariscales una

primera entrevista corta y fria, y que pasara á borrascosa, si la cuestion no se hubiera de ventilar en otra parte. Ya estaba muy avanzada la noche, y el rey de Prusia se habia retirado al palacio que le servia de residencia. Como establecido en el palacio de Mr. de Talleyrand el emperador Alejandro, recibió á los enviados de Napoleon de seguida. Antes de entregar á este príncipe á la influencia de los recién llegados, temeroso Mr. de Talleyrand de su ligereza, se esforzó por grabar en su mente las ideas que ya habia aspirado á que abrazara en un todo, repitiéndole que Napoleon era imposible, porque equivalia á la guerra; que Maria Luisa era igualmente imposible, porque equivalia á Napoleon casi no disimulado; que Bernadotte era ridículo á todas luces; que solo se podian admitir los Borbones; que por esta senda se habia caminado sin cesar durante cinco dias; y que asi la razon como la lealtad exigian que no se abandonase á personas comprometidas bajo la fé de los soberanos aliados, á cuyo poder y á cuya palabra habian creído muy natural dar asenso. No se atuvo Mr. de Talleyrand á esta precaucion sola, y dió al emperador Alejandro una especie de custodia en el general Dessoles, espíritu firme, segun hemos expresado, comprometido en la causa de los Borbones, no por interés, sino por convencimiento, y capaz de sostener su opinion contra toda clase de contradictores. Aunque no tuviera los mismos títulos que los mariscales Ney y Macdonald para hablar á nombre del ejército, con todo, algun derecho le asistia para responder á los que hablaban en su nombre, no se ajustaran á la estricta verdad de las cosas.

nos Alejandro recibió á Mr. de Caulaincourt y á dos mariscales con la cortesía que le era natural y de que nunca hacia gala mas á su gusto que en presencia de militares franceses. Despues de cumplimentarles por sus proezas en la última campaña, y por la heroica adhesion con que habian llenado sus deberes militares; despues de añadir que, cumplidos estos deberes, ya era hora de que eligieran entre un hombre y su patria, y de no sacrificar su patria por la fidelidad á este hombre, se aplicó segun lo hacia á menudo á bosquejar el origen de esta guerra, no sin remontarse hasta el año de 1812 para patentizar que solo Napoleon la habia provocado. A su decir, Rusia habia soportado con paciencia durante los años 1809, 1810 y 1811 todas las cargas de la alianza, y privado á sus súbditos de todo comercio, no mas que por prestarse á las combinaciones políticas de Francia contra Inglaterra, cuando Napoleon, tan versátil como absoluto, de pronto inventó una legislación comercial nueva, con ánimo de imponérsela á sus aliados; que en aquella época le hizo las representaciones mas amistosas é irrefutables; que, á pesar de la injusticia de lo que se le pedia, se hallaba resuelto á un postrer sacrificio, cuando Napoleon invadió súbitamente su territorio, y le puso en la necesidad de defenderse; que entonces rechazó á los invasores, con el auxilio del valor de su ejército y tambien de su clima; que, llegado al Vístula, allí hiciera alto, si la Europa oprimida no solicitara su socorro; que, despues de Lutzen y Bautzen se quisieron entender con Napoleon los soberanos aliados, dejándole sus inmensas conquistas y satisfaciéndose con alijerar el yugo que pesaba so-

bre ellos, y que Napoleon lo habia reusado con pertinacia; que junto al Rhin se detuvieron para brindarle con este gran rio por frontera, y no quiso aceptarlo tampoco; que en Chatillon se le acababa de ofrecer la Francia de Luis XIV y Luis XV, sin lograr mas resultado que el de otra nueva negativa; y que por tanto habia sido forzoso llegar hasta París en busca de la paz no hallada en parte alguna; que, entrados ya en París los aliados, no querian, ni humillar á Francia, ni imponerla un gobierno; que de buena fué se habian aplicado á investigar el que deseaba realmente, el que la diera ventura y asegurara tambien el reposo de Europa; que ningun pacto tenian con los Borbones, y que si se inclinaban á ellos, mas bien era por necesidad que por eleccion; que tan grande era su deferencia á la opinion de Francia, que estaban prontos á adoptar el gobierno que designaran los diputados del ejército allí presentes, sin mas condicion que la de que nada tuviera de alarman-te el tal gobierno para Europa. Duplicando entonces las lisonjas respecto de sus interlocutores, les dijo Alejandro.—Ea, señores, entendedos entre vosotros, adoptad la constitucion que sea de vuestro gusto, elegid el gefe que mejor convenga á esa constitucion, y si entre vosotros, que reunís tantos títulos por vuestros servicios y vuestra gloria, se ha de buscar el nuevo gefe de Francia, con toda el alma asentiremos á ello, y le adoptaremos anhelantes, con tal de que no amenace, ni nuestro reposo, ni nuestra independendencia.—  
El mariscal Ney, á quien su natural impetuosidad excitaba á que nadie le ganara por la mano, se apresuró á responder á las palabras corteses del

czar, y hasta con afán de entrar en sus ideas, dijo que habían padecido más que nadie de resultas de estas guerras incesantes de que se quejaba Europa; que habían sido las primeras víctimas de este dominador absoluto á quien ya no quería ella, pues el continente estaba cubierto de cadáveres de sus compañeros de armas, y que así no serían los menos ardientes en desear su alejamiento del trono. — Por verdadero que fuera este lenguaje, se rescuía de poco hábil, y con especialidad de poco adecuado á imponer á los soberanos, cuyas resoluciones no se podían modificar sino exagerándoles la adhesión del ejército á Napoleon. Sobre Alejandro produjeron una impresión sensible, de la cual se dotieron los colegas del mariscal sobradamente fogoso. Prosiguió su discurso, y contestando á la insinuación lisonjera de Alejandro acerca de elegir el candidato entre los militares franceses, insinuación que, si de formal tenía algo, solo se podía referir á Bernadotte, dió á entender que entre los hombres de espada, uno tan solo había llegado á aquella altura desde la cual se puede reinar sobre los pueblos; que éste, condenado por la fortuna, ya había quedado fuera de juego de resultas de su abdicación; que despues de él ningún militar se atrevería á blasonar de tales pretensiones; y que el único que tal vez osaría manifestarlas, cubierto de sangre francesa, sublevaría todos los corazones; y que por tanto, el hijo de Napoleon con su madre por regente, era el solo gobierno presentable al ejército y á Francia.

Formulada esta proposición sin ambages, Ney y Macdonald defendieron uno tras otro vehementemente, y con cierto género de elocuencia del todo

militar la causa del rey de Roma. Se declararon apasionadamente contra el llamamiento de los Borbones, aplicandose á demostrar la dificultad de hacer que les aceptase la nueva Francia que no los conocía, y hacerles á ellos mismos aceptar esta Francia que no conocían tampoco, y por consiguiente la probabilidad de ver muy pronto estallar entre el trono y el país una incompatibilidad de sentimientos, que engendraría fatales disturbios, y defraudaría las esperanzas de reposo que fundaba Europa en la restauración de la antigua dinastía. Despues hicieron valer la conveniencia muy grande á sus ojos de dejar á las nuevas generaciones bajo un gobierno de la misma índole que ellas, compuesto de hombres que administraban los negocios públicos ya hacia veinte años, que detestaban el sistema de guerra continua tanto como la misma Europa, á causa de haber soportado todo su peso, y que, por otra parte, á su cabeza tendrían una princesa de la cual no podían desconfiar los soberanos aliados, pues era hija de uno de ellos. Hablando, en fin, por el ejército en particular dijeron los mariscales que bien se debía algo á estos guerreros que tantas veces habían derramado su sangre por Francia, y aun estaban prontos á derramar la que les quedaba si se les ponía en tal caso: que ellos solos reprimían la desesperación de Napoleon en este momento, y que, en vez de hacerles vivir debajo de príncipes que les detestaran al halagarlos, se les debía á lo menos la consideración de ponerlos bajo el hijo del general á quien habían consagrado su existencia y que les había conducido veinte años á la victoria.

Estas consideraciones presentadas con extremado calor no dejaron de producir sobre el ánimo de Alejandro una impresión visible. Tratando de contradecir á los dos mariscales mas bien para ponerlos en el caso de alegar todas sus razones que para combatirlos, les dió noticia de los actos recientes del Senado, les hizo notar que ya se habian dado muchos pasos hácia la restauracion de la antigua dinastía, y que no habian titubeado en declararse á su favor los mas calificados representantes de la revolucion y del imperio.

A la primera palabra referente al Senado, no pudo el mariscal Ney refrenar su cólera, y exclamó de este modo:— Ese miserable Senado, que nos pudo ahorrar tantos males oponiendo alguna resistencia á la pasion de Napoleon por las conquistas; ese miserable Senado, siempre diligente en obedecer á la voluntad del hombre á quien hoy apellida tirano ¿con qué derecho levanta su voz al presente? ¿Tras de haber enmudecido cuando debiera hablar, cómo se atreve á hablar ahora que todo le impone la obligacion de enmudecer? Los mas de los señores senadores gozaban pacíficamente de sus dotaciones, mientras nosotros regábamos la Europa con nuestra sangre. No son ellos los que tienen derecho para quejarse del reinado imperial, sino nosotros los militares que hemos sobrellevado todos sus rigores; y si olvidados de todas las conveniencias se atreven á alegar pretensiones, colocadnos, señor, frente á frente de ellos, vereis si su villanía puede alzar la voz en nuestra presencia.—

Conmovidó Alejandro por estas palabras apareció dispuesto á consentir en una conferencia de

los mariscales con los senadores de mas nota. Viendo el general Dessoles cómo se perdia terreno, trató de intervenir en este debate. Lo hizo vehementemente y hasta con un tanto de aspereza. Se le interrumpió muchas veces, y el debate se hizo confuso y violento. No hallando el general Dessoles apoyo en rededor suyo hizo una especie de apelacion á la lealtad de Alejandro, y le representó que ya estaban muy empeñados en la via del restablecimiento de los Borbones para retroceder ahora, que una multitud de hombres de bien se habian comprometido bajo la fé de los soberanos aliados, y que no era leal dejarles en el abandono. Este argumento verdadero, si bien algo egoista, y ya aducido por Mr. de Talleyrand, no cuadraba al noble carácter del general Dessoles, á quien solo guiaban convicciones desinteresadas, y acabó tambiea por herir al emperador Alejandro. Este príncipe respondió arrogantemente que nadie se tendria que doler nunca de haberse fiado de él y de sus aliados; que aqui no se trataba de intereses personales, sino de intereses generales, que abarcaban la Francia, la Europa y el mundo, y que así habia que guiarse por miras mas elevadas. Dando por terminada la entrevista, que habia durado casi toda la noche, y haciendo notar que alli no habia ningun otro soberano aliado, pues el mismo rey de Prusia se hallaba ausente, Alejandro despidió con agrado á los mariscales, citándoles para media mañana, á fin de comunicarles aquello que despues de maduras reflexiones determinasen los monarcas aliados.

A pesar de que se habian dado muchos pasos en el camino que llevaba á la restauracion de los

Borbones para desandarlos fácilmente, la causa del rey de Roma y de María Luisa no parecía perdida del todo, é ilusionándose los mariscales salieron de esta primera entrevista con mas esperanza de la que era razonable concebir en este sentido. Escuchados con gusto por Alejandro, tratados con contemplaciones que se aproximaban al respeto, sofocados por el debate, se retiraron de su mansion muy animados, y descubriendo en la antecámara del emperador de Rusia á los hombres que se agolpaban en las antecámaras de Napoleon poco antes, no supieron contenerse, sin embargo de que antes de mucho ellos mismos debian ofrecer el espectáculo que les heria tan al vivo en este momento. Se renovó al punto la discusion con los miembros del gobierno provisional y con muchos de sus ministros, y fué menos mesurada que ante el emperador Alejandro. Habiéndose querido dirigir el general Beurnonville al mariscal Macdonald, le dijo éste:—Retiraos, vuestra conducta ha borrado en mi corazon una amistad de veinte años.—Despues encontrando á su paso al general Dupont, le dijo estas palabras:—General, acaso hubo injusticia y hasta crueldad respecto de vuestra persona, pero habeis elegido muy mal la ocasion y la manera de vengaros.—No manifestó el mariscal Ney mas reserva, y esta escena iba tomando un carácter sobrado funesto, cuando Mr. de Talleyrand hizo notar á los interlocutores, que no era aquel lugar conveniente para discutir de tal modo, pues se hallaban en la mansion del emperador de Rusia, a quien se faltaba asi al respeto, y les invitó á bajar á su morada, donde se hallarian en los aposentos del gobierno provisional.—A vuestro gobierno

provisional no le reconocemos nosotros, y nada tenemos que decirle—respondió el mariscal Macdonald, y de seguida salió bruscamente, llevándose detrás á sus colegas.

A casa del mariscal Ney se dirigieron los negociadores de Napoleon para pasar allí el resto de la noche, y aguardar la respuesta de los soberanos aliados que se les debía trasmitir en el curso de la mañana.

Mientras esta grave cuestion se discutia con diversas eventualidades en el palacio de la calle de San Florentino, se resolvia en otra parte, no con argumentos verdaderos ó falsos, sino con el peor de todos, con una defeccion. Segun se ha visto Napoleon no daba grande importancia al paso intentado por los mariscales, y solo pensaba en el proyecto de pasar el Essona con los setenta mil hombres que le quedaban para abrumar á los aliados, ó sepultarse con ellos bajo las ruinas de Paris. Necesitando de Marmont, que mandaba el cuerpo establecido junto al Essona, le envió á buscar desde Fontainebleau para darle sus últimas instrucciones; mas previendo la posibilidad de que Marmont hubiera seguido á Paris á los mariscales, prescribió que en su defecto se le enviase el general que hiciera sus veces.

Al coronel Gourgaud comisionó para el objeto. Este oficial bizarro y adicto, bien que no siempre solia trasmitir las ordenes del emperador con la mesura conveniente, se mostró sorprendido de no hallar al mariscal Marmont en su puesto, y preguntó con tono casi amenazador por el oficial que hacia sus veces. Al verle se dijo que representaba á un soberano airado, y noticioso de lo que en



Petit-Bourg habia pasado entre el mariscal Marmont y el príncipe de Schwarzenberg. No era así de modo alguno. Todo lo ignoraban, Napoleón y el coronel Gourgaud, pero, cediendo éste á los malos hábitos del estado mayor imperial, sin saberlo iba á dar margen á un suceso de grande importancia. Tiempos hay en que la fortuna, despues de haberlo perdonado todo, no os perdona ya nada, y os castiga, no solo por vuestras culpas, sino tambien por las ajenas. Cruelmente lo experimentó Napoleón en esta coyuntura.

En calidad de general de division mas antiguo mandaba el anciano general Souham en ausencia del mariscal Marmont. Con el mismo tono le habló el coronel Gourgaud y tambien á los demás generales, Compans, Bordessoulle, Meynadier, y para colmo de desgracia, llegó á la sazón una nueva orden escrita y para el general Souham en derecha, prescribiéndole que se encaminara á Fontainebleau sin demora. Consecuencia natural era esta de una costumbre establecida en el estado mayor imperial y consistente en repetir por escrito todas las órdenes verbales del emperador. No hizo el anciano Souham esta reflexion tan sencilla, y sobre aviso á consecuencia del tono con que el coronel Gourgaud habia hablado, mas sobre aviso á consecuencia de la repeticion escrita de las mismas órdenes, y teniendo á la sazón la desconfianza de una conciencia no irrepreensible, concibió de pronto una idea la mas desdichada. En su concepto, ya Napoleón lo sabia todo, no solo conocia el ajuste secreto celebrado por el mariscal Marmont con el príncipe de Schwarzenberg, sino la adhesion al mismo ajuste de los generales de division del sexto

cuero, y les llamaba á Fontainebleau para prenderlos y quizá para fusilarlos. Souham era un general de la revolucion, excelente hombre de guerra, antiguo amigo de Moreau, que habia conservado hácia Napoleón el odio sordo de todos los generales del ejército del Rhin, que se quejaba con Vandamme y con no menos razones de no haber sido elevado á mariscal, aun republicano en el fondo del corazon, y bastante acostumbrado á los procedimientos revolucionarios para creer á Napoleón muy capaz de los actos mas violentos. De seguida congregó á sus colegas, los generales Compans, Bordessoulle, Meynadier; les dijo que enterado evidentemente Napoleón de lo acontecido, los llamaba cerca de sí para fusilarlos, y que no se sentia de humor para exponerse á un fin semejante. No eran del mismo dictámen ellos, y despues de algunas objeciones destruidas ante la afirmacion repetida de que Napoleón lo sabia todo, consintieron en lo que proponia el general Souham, esto es, en no aguardar la vuelta del mariscal Marmont para poner en práctica el ajuste celebrado con el príncipe de Schwarzenberg, y, por consiguiente, en cruzar el Essona, para ofrecerse á las órdenes del gobierno provisional. Tan poseido estaba el general Souham de la idea de que se le llamaba para apoderarse de su persona que estableció en el camino de Fontainebleau un piquete de caballería, con orden de detener y aun derribar al primer oficial de estado mayor que asomara por aquel punto, si por impaciencia de ser obedecido renovaba Napoleón sus mensajes. Desconsolado el coronel Fabvier, agregado al estado mayor del mariscal Marmont, de estas resoluciones tan lijeras como fatales, se